

**RODRIGUEZ SASTRE, PRESIDENTE DE LA
INTERNATIONAL LAW ASSOCIATION**

Por

JOSE LUIS VILLAR PALASI

La ILA es una Institución no gubernamental que comprende más de un centenar de centros nacionales. España estuvo, y muy airosamente por cierto, presente dentro de la ILA hace cerca de medio siglo, pero esta relación de nuestra patria con la ILA se rompió desgraciadamente y fue revivida gracias al interés personal, a la dedicación y a la labor de promoción y de sacrificio personal de alguien de quien tengo ahora que hablar, concretamente del excelentísimo señor profesor doctor Antonio Rodríguez Sastre.

Si no apeo ninguno de estos títulos no es por razón de halago a la vanidad de quien no la tiene, sino en base al reconocimiento de una serie de méritos que no por menos ostensibles y notorios tienen que dejar de ser proclamados periódicamente. La memoria de las gentes es, por desgracia frágil en cuanto al trabajo de sacrificio en favor de los demás. Antonio Rodríguez Sastre, don Antonio, para aquellos que le tratamos desde hace mucho tiempo, es un personaje singular indescriptible, cuya biografía hubiera encantado a Pío Baroja y cuyos méritos no han sido todavía suficientemente esclarecidos.

Muy lejos está de mi ánimo el avivar la vanidad de nadie, pero sí está muy cerca de mi propósito destacar los méritos ocultos de quien celosamente los vela.

Antonio Rodríguez Sastre, con una biografía muy densa como jurista, como experto en Contabilidad, como creador, fundador y animador del Instituto de Censores Jurados de Cuentas, como asiduo asistente a Congresos y a todo cuanto significa una profundización en su enorme acervo de conocimientos, es uno de esos personajes difícilmente definibles. Por de pronto, sirva indicar de antemano que cualquiera que haya tenido un trato mínimamente prolongado con él, se ha sentido no sólo discípulo suyo sino que ha enriquecido no ya sus conocimientos sólo, sino algo que es difícilmente captable en este complejo oficio de jurista que es el olfato para encontrar a través de una dispersión de normas muy frecuentemente contradictorias, de criterios contrapuestos, de dictámenes antagónicos, de opiniones diversas o diferentes, cuál es la certera o más apropiada para conseguir en definitiva hacer justicia. Los americanos le llaman a esto olfato —hunch— muy fácilmente traducible también por el instinto de quien después de haber aprendido y aplicado las leyes, se ha olvidado de ellas y conserva este fino instinto que caracteriza al jurista que está más allá de las normas y que sabe interpretar, diagnosticar y acierta además en la diagnosis, pero me voy a limitar en estas

breves líneas no a definir la compleja personalidad de Antonio Rodríguez Sastre, sino a hablar de su participación en la ILA.

Hay tres fases que quisiera en este momento resaltar. La primera fue la creación de la Rama Española de la ILA, reincorporando así una tradición interrumpida en la que España fue parte importante de la ILA, no tanto por la cantidad de sus asociados, cuanto por la calidad de sus aportaciones. Esta creación fue difícil y de gestación complicada. La ILA significaba para muchos una Entidad inoperante y para otros un instrumento de posible promoción personal. Entre estas dos tensiones se movía impertertable Antonio Rodríguez Sastre consiguiendo homogeneizar las posiciones contrapuestas y situar las cosas en su justo término. Su sentido de ponderación y esa actitud poco frecuente de estar por encima de las pequeñas miserias humanas consiguieron este primer logro: la constitución de la Rama Española de la ILA y su aceptación e integración en la Asociación Internacional.

Más difícil e incluso penoso en el terreno personal hasta físico fue la celebración del Congreso de Madrid en 1976. Más de medio año antes de que se inaugurase el Consejo, don Antonio estaba obsesionado con un espíritu y una atención monopolizados por los problemas que incesantemente surgían respecto a esta Asamblea General, viajando continuamente a Londres, reuniendo personas, despertando entusiasmo donde sólo existía apatía y ensamblando pareceres muy dispares. La organización fue la obra perfecta y personal de Rodríguez Sastre, pero no se debía ni muchísimo menos a una improvisación. El Congreso duró unos pocos días, pero su gestión duró bastantes meses. Me tocó muy de cerca como testigo de estas preocupaciones y desvelos y puedo afirmar que el éxito de cualquier Asamblea está en la preocupación o despreocupación de dedicar un mes por cada día de Asamblea o de Congreso. Rodríguez Sastre consiguió algo insólito. En momentos difíciles, políticamente controvertidos, con personalidades y mentalidades abismalmente diferentes supo alcanzar el resultado en unos cuantos días de los correspondientes meses de preparación. Tuve la fortuna de poder acompañarle al Consejo Ejecutivo de la ILA, en las periódicas reuniones en Londres. El consejo de Rodríguez Sastre era siempre acogido como una seguridad en el éxito del Congreso, cuando el mismo no estaba ni mucho menos seguro de que la Asamblea General pudiera celebrarse con toda la dignidad y eficacia con que acostumbra a hacerlo la ILA. Insisto en que los momentos eran económica y políticamente difíciles, como es natural en época de transición política y económica. Rodríguez Sastre consiguió lo que muchos pensaban que era imposible: hacer que la Asamblea se produjera en un ambiente y una atmósfera de eficacia, de trabajo, de diálogo, resolviendo diariamente toda una serie de pequeños problemas que de no haberse resuelto de raíz, hubiera podido dar al traste con el espléndido resultado de esta Asamblea. Tengo para mí que la mayor satisfacción de Rodríguez Sastre fue ver que cuando se trabaja intensamente, cada mes de trabajo implica un día de éxito y es más, pue-

do afirmar personalmente que la frase no era mía, sino del propio Rodríguez Sastre.

Su tercera etapa consistió en la consolidación de la Rama Española dentro de la ILA en un ambiente intelectual disperso y antagónico. Rodríguez Sastre ha logrado aunar un haz de personas intelectuales que se apiñan alrededor suyo, que admiten sin discusión ni halago el liderazgo de la Rama Española por parte de Rodríguez Sastre. Sus frecuentes contactos con cada Rama Nacional de las múltiples que componen la ILA, son un esfuerzo permanente para un hombre cargado de preocupaciones de trabajo y que sacrifica su quehacer a los intereses superiores de la ILA. El propio Consejo Ejecutivo que radica en Londres ha expresado reiteradas veces su admiración por la dedicación de Rodríguez Sastre a la integración e interacción de las distintas Ramas Nacionales de la ILA, al objeto de que el trabajo sea coordinado, solidario y responsable. No es ésta una tarea fácil y aún le espera a Rodríguez Sastre periplos difíciles, conversaciones dificultosas de coordinación también complicadas. Los países diversos, las distintas tendencias de cada Rama Nacional son de difícil compenetración, pero después de bastantes años de contacto con Rodríguez Sastre, puedo augurar que este insólito periplo de acercamiento entre las Ramas Nacionales va a redundar en un provechoso y ya augurado por el Consejo Ejecutivo de la ILA incremento del prestigio de esta Institución Internacional.

No quisiera que estas breves líneas fueran interpretadas por nadie ni como adulación ni como elogio. Son la simple traducción de una vivencia sentida como todas muy personalmente, compartida sin tanta fe ni experiencia como Rodríguez Sastre, pero que son simplemente autenticadoras y fedatarias de un trabajo, una preocupación y una ansiedad constantes en servir a los demás, en el puesto en el que el Destino le coloca a cada uno en cada momento. Y el puesto de Rodríguez Sastre en estos instantes es el de Presidente Internacional de la ILA.